

RENCILLAS

Concepción Guinaldo

RENCILLAS



Primera edición: octubre de 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Concepción Guinaldo

ISBN: 979-13-990968-2-8

ISBN digital: 979-13-990968-3-5

Depósito legal: M-21336-2025

Real Noir Ediciones

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@realnoirediciones.com

www.realnoirediciones.com

Impreso en España

A mis orígenes, Herguijuela de la Sierra.
A mi sostén, Benito y la familia Sánchez.
A Noelia, siempre.

Real Noir es una colección dedicada *in memoriam*
a Paco Camarasa y Claude Mesplède,
amantes incondicionales de la novela negra

PRÓLOGO

Si bien se han escrito infinidad de libros reflejando pormenores, anécdotas y atrocidades de la Guerra Civil, pocas novelas —y menos aún de género negro— pusieron el foco en el período que abarca la presente: desde la inminencia de los años setenta con los lentos cambios en ciernes, a la conclusión, en 1985, con la transición aparentemente finiquitada pero aún en curso y muchas, muchas viejas historias enterradas, muchos rencores y deudas por cobrar, en suma: muchas rencillas.

La autora se mueve con soltura entre el costumbrismo y el género *noir*, retratando con eficacia la vida en uno de tantos pueblos similares entre sí, y la complejidad de las relaciones entre familia y poder.

El crimen, como no puede ser de otra manera, está presente y por partida doble: uno ocurrido en 1970 y otro quince años después, que provoca una investigación atípica pero que acabará por desvelar ambos.

Mención aparte merece la capacidad de la autora para retratar diálogos, personajes y costumbres de la época, con un fino oído para captar las expresiones locales y firme pulso para utilizarlas sin exceso ni artificialidad.

Herguijuela de la Sierra, al sur de la provincia de Salamanca y en plena Sierra de Francia, es un escenario singular, con las particulares relaciones entre familias a menudo enfrentadas por viejos asuntos, otras unidas por la conveniencia.

Notables son también los dos investigadores estelares de esta historia, el inspector Armando Reinaldo, un policía entre dos eras, y

muy especialmente su hija Iranda, de «casi» diez años, una verdadera Sherlock Holmes en tamaño reducido, cuyas observaciones resultan de gran utilidad para el padre a la hora de devanar la intrincada madeja de acontecimientos que se pierden en el pasado.

Dos personajes que pese a no ocupar demasiada extensión dentro de la narrativa de esta novela, se erigen en protagonistas indiscutidos, hasta el punto de esperar, una vez que se cierra el libro, una próxima investigación de padre e hija, que con un poco de suerte, la autora nos ofrecerá en el futuro.

Ahora que el llamado *country noir* está en boga, este libro cumple la doble función de ofrecernos una historia de origen rural con sólidos cimientos, y una narrativa que supera el costumbrismo para alcanzar las alturas de la narrativa más sociológica y negra.

CARLOS SALEM

NOTA DE LA AUTORA

Desde mi humildad, he querido rendir un homenaje al pueblo natal de mi abuela paterna, Herguijuela de la Sierra, en Salamanca, mostrándolo a través de esta trama que nunca existió, como tampoco ninguno de mis personajes, ya que han sido creados en mi imaginación para dar visibilidad a las costumbres, oficios, habla, fiestas... En definitiva, a su forma de vida en el entorno de la Sierra de Francia.

Esta novela no está basada en hechos reales, por lo que cualquier parecido con la realidad es fortuito; pero sí, está ambientada en un periodo histórico que se extiende desde finales de la década de los años sesenta hasta la segunda mitad de los ochenta. Transcurre paralela a la historia que sufrió la provincia después de una posguerra de la que le costó salir, dado el difícil acceso a medios de comunicación e infraestructuras con que contaba. El escenario, en el que se desarrolla, está situado a menos de cuatro kilómetros de la provincia de Cáceres y linda con Las Hurdes.

Espero que cualquier habitante de España en esos años se vea identificado con *Rencillas*, de una manera u otra, a través de alguno de sus protagonistas.

HERGUIJUELA DE LA SIERRA

(SALAMANCA)

4 DE FEBRERO, 1970

«Jamás volveré a este pueblo que me vio nacer», pensó.

Aturdido, helado, tratando de digerir una escena tan macabra, su mente ordenaba su mano temblorosa para no olvidar cómo enlazar las letras, pensando en cómo debía explicarse sin herir.

«Se disgustará cuando la lea, pero el alba comparece en media hora, no más, y las prisas no me hacen bien. Cogeré la pelliza de los domingos. Este invierno viene arreciando el viento serrano... necesito abrigo grueso. Solo un hato con lo indispensable para salir sin ser visto, ni despertar a la casa que sigue durmiendo».

Dile a padre que lo siento. No estaba en mis planes marcharme de esta manera, sin dar una explicación a lo ocurrido... La de la guadaña, sin piedad, hizo su presencia tiñendo de rojo la calle, en este lugar infame de injurias y corredurías, señalándome. No tengo la capacidad de controlar por ahora mi destino, que se barrunta sombrío. Pierde cuidado que intentaré estar bajo cobijo. Espero que algún día me perdonéis.

Tu hermano, que tanto te quiere.

«Será suficiente con estas palabras. Ese gallo de la vecina, que domina presuntuoso el corral, está cantando. El sol se levantará y

vendrán a por mí, tengo que salir cuanto antes o los ojos acusadores me cercarán sin poder defenderme. Confío en que mi virgencita del Carmen me ampare en esta huida improvisada. ¡Maldita sea la estampa de un indulgente tan dispar como yo! Esta noche de fiesta es testigo del cansancio, que envejece el alma, de quienes no comulgamos con el resto».

13 DE ABRIL, 1985

DIRECCIÓN GENERAL DE LA
POLICÍA NACIONAL. MADRID.

Suena el teléfono en el despacho del inspector Reinaldo...

—Al habla Armando, dígame.

—Soy el inspector jefe Patricio Durán, de Salamanca. Necesito de sus servicios. He hablado con su superior y me ha derivado a usted.

—A sus órdenes, pero estaba a punto de marcharme a recoger a mi hija. Mi jornada acabó, pero explíqueme, ¿en qué puedo ayudarle?

—Tengo un problema realmente muy grave. Ha aparecido muerto en su despacho el director de nuestra Prisión Provincial de Salamanca. Me he puesto en contacto con su comisaría por la necesidad de que no trascienda a la opinión pública, buscando un inspector experto ajeno a nuestro departamento, que pueda llevar este caso y confirmar que es un suicidio.

—Pero yo ahora no podría trasladarme hasta allí, imposible —argumentó Armando.

—Le repito que su jefe me deriva a usted al no tener en disposición a nadie de confianza. Según me ha comunicado, tiene a todos sus agentes trabajando en el caso del atentado terrorista ocurrido ayer en el restaurante El Descanso.

—Cierto, tenemos un trabajo inmenso. Ha sido una masacre terrible. No obstante, no tengo posibilidad de dejar a mi niña en Madrid, tendría que llevarla —dijo Armando—, si no es inconveniente.

—Tráigala, lo importante es que se haga cargo del suceso lo antes posible. Espero en la comisaría a que lleguen y nos dirigimos acto seguido a la prisión. Aún no hay orden de levantamiento del cadáver hasta que esté usted presente.

HERGUIJUELA DE LA SIERRA

(SALAMANCA)

14 DE JULIO, 1969

Los días de calor del mes de julio que se vivían en el corazón de la Sierra de Francia eran bien recibidos en el pueblo de Herguijuela de la Sierra. Asentado en la ladera sur, entre dos sierras que marcaban el camino hacia las Hurdes. En 1188, el rey Alfonso IX de León donaría el pueblo al Arzobispado de Santiago de Compostela, quedando así, dentro del recorrido del peregrinaje a Santiago.

La primavera había sido generosa en lluvias, aportando con su naturaleza un pulmón a la provincia de Salamanca. Tierra de olivos, cerezos y vid, abrupta por los desniveles que determinaban sus rasgos en cuanto a su clima. El medio de vida de sus más de seiscientos habitantes contribuía a la fortaleza del carácter, donde los prototipos de familia organizada chocaban con quienes no atendían a lo «correcto» marcado durante generaciones y en pleno franquismo reprimido.

El entorno cada año iba perdiendo población. Las necesidades ocultas en cada hogar y el afán de su población por mejorar, habían inducido a la masividad de migración hacia el País Vasco, Madrid, Cataluña y el extranjero. Quienes resistían a lo largo de la década de los sesenta en el valle quedaban inmersos en un estancamiento, a no ser que hubieran nacido en una familia pudiente, heredando unos *cachos* de monte, que con su explotación le permitieran el lujo de vivir con la mano de obra de sus vecinos, contratados por jornales míseros.

Era un pueblo más y, al igual que el resto, su población estaba catalogada coloquialmente a la utilización de los apodos, dependiendo de la procedencia de la familia o del oficio con el que se ganaban el jornal. Sin detrimento de dirigirse a cada persona por una coletilla que «el afortunado» en cuestión se había ganado en un determinado momento de su vida, quedándole el mote arraigado también a la familia para futuras generaciones.

Era común, por ejemplo, referirse a trabajar la huerta con el indicativo de uno de los productos que cultivaban. Así, Bartolomé, hombre viudo, y sus hijos Germán y Matilde eran conocidos por los *Ajeros*.

Originales del pueblo eran la mayoría. En este, al matrimonio de Celso e Isabel y su hijo Ramiro, se les llamó al llegar procedentes de Madrid: los *Castizos*.

Incluso eran nombrados por su situación sentimental. Rita, practicante sin ningún estudio de enfermería, al perder a su marido en un accidente en el campo y su hijo Luciano, fueron apodados: los *Vindos*.

Los días previos a las fiestas del Carmen, los preparativos atraían a vecinos de pueblos próximos. Madroñal, situado en el valle por debajo de la ladera donde estaba enclavado Herguijuela, compartía a su párroco desde hacía solo tres semanas, debido a la muerte del titular. Don Eusebio, natural del primero, anunciaba los acontecimientos de las jornadas previas al día del Carmen en la misa que procesaba el domingo anterior. Por igual, el que se había encargado hasta la fecha de Herguijuela, siempre tuvo al tanto a sus vecinos sobre los festejos en los alrededores.

CAMPEONATO DE CARTAS

Las tardes, después de atender las tareas de monte, se prestaban a la reunión en la tasca. Los bares enclavados en el centro del pueblo, uno en la calle Larga y otro en la calle Gaitero, con acceso desde la plaza del ayuntamiento, atraían, dependiendo del momento del día, a los distintos grupos vecinales.

El campeonato de cartas nocturno, con el que comenzaba la semana de la festividad, confluía a los hombres, mientras, las mujeres se devanaban en la cocina, intentando adelantar el puchero que daría de comer a la familia, y a los *arrimaos*, que siempre se auto invitaban a la salida de la iglesia los días señalados.

Ramiro, sentado a la mesa que siempre les dejaba reservaba Tolí, el tabernero, cargado con cuatro chatos, se enzarzaba en la gresca de la partida. Luciano y Fermín, compañeros de costumbre en el juego, seguían sus señas mientras en el grupo rival: Santiago, Bernardo y Matías, ocultaban el *arrenuncio* con viejas artimañas, que por sus contrincantes eran advertidas.

A Matías no se le escapaban las indicaciones de Ramiro por debajo de la mesa a sus compañeros de partida, dándole caza:

—¿Crees que estoy *abobao*? —interrumpió . ¡A ver si te *tas pensao* que nací ayer!

—¡No sé de qué me hablas, *Napoleón*! —se defendió Ramiro.

—Tengamos la tarde en paz, que estamos al inicio del campeonato, no conviene que nos pongamos nerviosos. Es un juego y como tal debemos tomarlo —añadió Bernardo con el cigarrillo entre la comisura de los labios—. ¡Venga, *relajaos*! Acabamos de empezar, dejemos que las horas nos vayan dando el triunfo a quienes lo merecemos.

—Ya estamos, al *Paracaidista* no se le puede decir nada, aunque la yerre —señaló Matías—, pues no se lo voy a volver a pasar, así es que ya *pue* cuidarse.

A la taberna llegaban varios mozos en grupos, excepto cuando asomó por la puerta Germán, aunque no caía de sorpresa de que llegara solo. Entró y pidió el chato de vino sin pararse a mirar a los que estaban sentados en las mesas.

—¿Tampoco te ha salido hoy plan? —levantó la voz Matías en el descanso del juego, dirigiéndose al recién llegado con guasa—. ¿Dejaste bien peinadas a las muñecas?

—Matías, no te pases, que Germán nunca se enzarza contigo. No tienes motivos *pa* faltar —defendiéndole Ramiro.

—Si es el pobretón mariquita del pueblo, ¿qué piedad hay que tener con el *Gamusino*? Explícamelo —habló Matías—, y además, que los *Ajeros* no nos han *pagao* por las hectáreas que trabajan. Yo no miento, díselo tú, Fermín, que a padre aún no le han *dao* una peseta de la renta que ajustaron.

—Cierto —contestó Fermín—, lo mejor va a ser coger a la hermana y cobrarlo con intereses.

—¡Calla, *Moro*! —ordenó Ramiro—. Los *Montuños* siempre pe- casteis de lengua muy larga.

—¡Será si quiero! Le proteges porque eres de su misma condi- ción, de los *delicaos* —asintió Matías—, y además con papá, que te mantiene... así vivo yo también, de marioneta de circo.

Desde la barra, Germán no pudo contenerse, se aproximó a Ma- tías por la espalda, dándole con el puño en el costado, doblándolo por la mitad. Instantes después se levantaron Santiago y Fermín, el primero sujetando a Germán y el segundo dándole un golpe en el estómago, lo que provocó una pelea entre los restantes compañe- ros de mesa, saliendo Ramiro en defensa de Germán. Tóli intervino echando al grupo del bar por la puerta contraria a la calle Larga, consciente de no armar jaleo en el centro del pueblo.

No se bastaron con la expulsión, siguiendo con insultos hacia Germán. Ramiro consiguió ponerlos en su sitio y ordenó a Germán marcharse.

Cuando todos se retiraron y la noche cerrada había hecho su pre- sencia, Ramiro se encaminó como acostumbraba al monte donde siempre acordaba con Germán, reunirse en intimidad y fuera de la vista del pueblo. Lo último era renunciar a lo único verdadero que sentían.